

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion.	15 reales
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Nada corre por ahí tanto como las novelas á medio real la entrega.

Con quince ó veinte entregas de diferentes autores que van juntas dándose de cachetes en un pañuelo de yerbas atado al brazo izquierdo, el papel en una mano y el lápiz en la otra, cruza el repartidor de novelas las calles, y sube al día ochenta ó cien escaleras buscando un suscriptor de cuatro cuartos.

¡Pobre muchacho! Ni aun tiene conciencia de su misión extraordinaria en esta sociedad que se transforma diariamente, merced á esa fecundísima instruccion que lleva descuidado en su pañuelo de yerbas.

No basta el cartelón de la esquina, no basta el anuncio en los periódicos, no basta el prospecto...

Todo esto es nada si ese regimiento de jóvenes á la negligé no toma sobre sus hombros la áspera tarea de esparcir la luz por todos los ángulos de las grandes poblaciones... en forma de entregas.

¡Pobres muchachos! ¡Tan jóvenes y ya van cargados de crímenes! Sí, señor, sí, yo he visto más de uno con *Los tres hijos del crimen* encima. ¡Horror!

Ellos podrian decir como Dante: ¡Qué amargo es subir y bajar la escalera agena!

Subir y bajar todas las horas, todos los minutos, ¿no es la imagen más completa de la vida humana?

Pero no todos los hombres pueden hacer lo que los repartidores de novelas, que es bajar para subir en seguida.

Muy al contrario, hay gente que baja para no volver á subir jamás. Desgraciadamente esto no es siempre cierto.

En este instante siento ruido como de algo que se arrastra por el suelo.

Algun cuerpo extraño se introduce en mi habitacion,

E cade come corpo morto cade.

Es otra entrega de novela con el prospecto que dice: «El nombre del autor es bastante conocido (*en su casa*) para que necesitemos hacer su elogio; sin embargo, diremos únicamente que esta novela es grandiosa, maravillosa y tormentosa. Que tiene una moralidad que asombra, un interés que aterra, un gracejo de rechupete, un estilo que tira de espaldas y una cubierta de color de macarrones.»

Esto lo dice el editor sin conocer la obra, por la sencilla razon de que no la conoce nadie,—ni el autor que la va á parir. Como que se empieza á escribir cuando se publica la primera entrega.

Verdad es que si el editor la conociese no pararian aquí sus elogios.

Probablemente nos diria: «La obra que tenemos el honor de ofrecer al público (por su dinero), tiene 108 capítulos, y en ellos verá el lector sucesivamente cinco entierros, doce bailes, tres adulterios, ocho asesinatos, un robo con fractura, otro sin ella, cuatro ejecuciones, un envenenamiento, quince declaraciones de amor, una nevada, cuarenta descripciones de la aurora, siete maridos engañados, y veinticinco pinturas de una noche lluviosa. Lo más patético está en el capítulo 22, donde una familia desgraciada se ve espuesta á ser devorada por los lobos. El autor se ha escedido á sí mismo, y los lobos parece que hablan. ¡Ah! Es una situacion que está diciendome.»

Esto diria el editor si conociese la novela. Afortunadamente para nosotros, el editor no acostumbra á leer más que las cartas de sus correspondientes.

Ahora parece estar en moda entre nuestros novelistas los asuntos que se rozan con las madres.

Ayer fué *La buena madre*.

Después *Amor de madre*.

Hoy *La plegaria de una madre*.

Mañana... mañana quizá nos metan por debajo de la puerta *El cadáver de una madre*.

Y es el caso que no hay medio de verse un hombre libre de estos repartidores tenaces.

No basta decir:—«no me suscribo,»—que al día siguiente viene un nuevo repartidor, y vuelve á dejar el mandado en el mismo sitio.

¡Y es infinita la variedad de repartidores de novelas!

—Siete años, me decía la otra noche una criada, siete años llevo de servir, y nunca he visto dos veces la misma cara de un repartidor, así es que no sirve decir que aquí no quieren entregas.

A veces ocurren escenas por este estilo:

El Repartidor.—Ayer dejé aquí *El collar del diablo*, y *Los hijos de la fe*.

Criada.—Pues yo no he visto esos caballeros.

El ama (desde la alcoba).—¿Quién grita?

Criada.—Es que piden unos papeles.

Repartidor (alzando la voz).—¿Quiere Vd. el *Diego Corriente*?

El ama (desde la cama).—¿Un demonio!

El Repartidor.—¿Y *La mujer adúltera*?

El ama.—Mi marido no quiere más mujer que la suya. ¿Habrás visto insolente?

Y, bien mirado, esto es un suplicio. Acaba Vd. de levantarse de mal humor, porque sus negocios no marchan bien, y le ponen delante *Siete generaciones de verdugos*.

Acaba Vd. de cenar muy tranquilo y sosegado, tiende la vista alrededor, y se tropieza con *Candelas*. Vaya usted luego á dormir tranquilo.

Su hija de Vd. ignora ciertas cosas, pero *La dama de las camelias* despierta su curiosidad, y lee, y aprende.

Y no es esto lo peor. Lo horrible, lo descomunal es que las novelas por entregas cuestan doble precio que las novelas por tomo.

He visto pagar 100 entregas á medio real por una novela. ¡Es decir, 50 reales por lo que se podría comprar elegantemente impreso por 20 reales!

¿Y por qué es esto?

Porque el cándido lector dice: A medio real, se paga sin sentir.

¿Sin sentir?

A medio real le dan cuatro entregas á la semana, ó lo que es lo mismo, una entrega por dos reales.

¿Y el cuidado para conservarlas? Una que se pierde, otra que se ensucia, ya un amigo que no la vuelve, ya un gato que juega con las láminas.

Yo he visto muy apurado á un suscriptor de novelas por entregas, al ver interrumpida la obra en su capítulo más interesante.

Acababa de leer que en el momento de decir la mujer á un joven rubio te amo, se presentó el marido.

—¡Por vida de... exclamó el suscriptor, tener que aguardar á la semana que viene para saber lo que hace el marido!

Yo no me hubiera impacientado por tan poco.

Un marido que sorprende estas cosas debe coger el sombrero y marcharse, diciendo: «Se me figura que estorbo.»

Concluyó la feria, y el tiempo ha favorecido su marcha. El domingo fué el último día, y la gente acudió en tanto número, que sé de una señora honesta que fué á la

feria á comer el último melocoton, y dejó entre el gentío el último diente, de resultas de algunos codazos irrespetuosos. Dos horas después se lamentaba del cambio, no porque le gustara un diente más que un melocoton, sino porque era el último.

¡Todo lo último es tan poético! Como el último rayo del sol, el último Abencerraje y el último adiós.

Sin embargo, hay dos cosas que no tienen nada de poéticas: la última peseta y el último mono.

Ayer parece que fueron colocados en sus respectivos cajones unos cuantos toros que van á Zaragoza por el ferro-carril en coche reservado; como quien se da tono.

No sé qué opinion formarán los señores toros del viaje en camino de hierro, aunque es probable no les agrade la gran velocidad, conocido el fin que les espera.

El hombre es muy cruel: ¿cómo, si no, enseñar al toro los progresos del siglo en el instante mismo de llevarlo á morir?

Esto es lo mismo que decir á uno:

—Despidete del mundo, de los placeres, de los baños de mar y de los bailes de Capellanes. Te he enseñado todo eso para tener el gusto de arrebatártelo en un minuto. ¡Date, perro!

Póngase cualquiera de Vds. en la situacion del toro, y exclamará con razon:

—Me han dejado entrever un mundo de delicias más allá de la dehesa en que corrió mi infancia... He olido la cebada de las grandes ciudades, donde hay tanta casa de vacas, y apenas llego á comprender la felicidad, me matan. ¡Ah! Yo protesto contra esta tiranía, y muero inocente desde los cuernos al rabo!

No hay duda, el hombre es muy cruel.

Luis Rivera.

CUADROS VIVOS.

EPISODIOS DE LA VIDA.

PRIMER CUADRO.

EL AFAN DE PRETENDER.

La escena en la casa de Alfredo.—Son las nueve de la mañana.—Época, el mes de diciembre.

PERSONAJES.—Alfredo.—Antonio (su criado) y un Caballero tan particular como hay muchos.

ESCENA PRIMERA.

Suena una campanilla.—¡Tilin, tilin, tilin!

Antonio (desde la rejilla de la puerta).—¿Quién?

El Caballero particular.—Servidor.

—¿Qué se le ofrece á Vd.?

—¿Vive aquí el Sr. D. Alfredo Berlanga?

—(Abriendo la puerta).—Sí señor, aquí vive.

—Pues pásele Vd. recado, porque necesito verle.

—Dispense Vd., pero está durmiendo, porque se retira á hora muy avanzada de la noche, y me tiene dada orden de no...

—Pues que se despierte.

—Hombre, alabo la frescura...

—No hay frescura que valga; yo necesito verle sin pérdida de tiempo... Tengo que decirle cosas que le interesan.

—(¿Si traerá dinero? Es lo único que puede interesar á mi amo.) Y ¿cuál es su nombre de Vd.?



Juan Fernandez y Rodriguez.

(Pausa.—Antonio se dirige al interior de la casa, dejando en el recibimiento al Sr. D. Juan Fernandez y Rodriguez.)

ESCENA II.

La alcoba de Alfredo.

—(Entrando.)—¡Señorito!
—(Roncando.)—¡Jóo, jóo, jóo!
—¡Tener que despertarle ahora! Me va á tirar el candelero. (Voceando.) ¡Señorito, señorito!
—(Despertando sobresaltado.)—¿Qué es eso? ¿Qué sucede? ¿Han pagado á las clases pasivas?
—¿Tiene Vd. que cobrar algo?
—No, pero desde niño me intereso por las que cobran.
—Pues no es eso...
—Espíciate. ¿Qué ocurre? ¿Ha venido el sastre? ¿El casero? ¿La policía? ¿Qué es ello?
—No, señorito, no; ¡ha venido un hombre mucho más temible que todos esos juntos!
—(Horrorizado.) ¡¡Más temible!!!! Pues ¿quién es ese monstruo?
—Un hombre que quiere hablar á Vd. con urgencia ¡d las nueve de la mañana! cuando el sastre y el casero no vienen hasta las tres de la tarde.
—¿Te ha dicho su nombre?
—Se llama D. Juan Fernandez y Rodriguez.
—(Pensativo.) ¿D. Juan Fernandez y Rodriguez? ¿Fernandez y Rodriguez? ¿He debido yo algo á algun Fernandez y Rodriguez? Vaya Vd. á saber. Todos los españoles se llaman así. En fin (con resolucion épica), dáme los pantalones y un garrote, y haz entrar á ese ciudadano.

ESCENA III.

Antonio (apareciendo).—Señorito, este caballero desea hablar á Vd.
El caballero Fernandez.—¿El Sr. D. Alfredo Berlanga?...
Alfredo.—Servidor.....
—Tengo una satisfaccion en conocer á Vd.
—Y yo otra, caballero, y yo otra.
—Usted no tendrá el honor de conocerme...
—¡Hombre! El honor...
—Yo soy Juan Fernandez y Rodriguez.
—¡Ah! Usted es Fernandez y Rodriguez, D. Juan... Y bien, Sr. Fernandez y Rodriguez, ¿en qué puedo serle útil?
—Á eso voy, caballero, á eso voy. Yo me llamo, como he dicho á Vd., Juan Fernandez...
—(Interrumpiéndole.) Y Rodriguez. Adelante.
—Pues bien, caballero, voy á ser muy breve. Me limitaré á contar á Vd. mi historia.
—¿Y no podria Vd. contársela á otro?
—(Continuando.) Hace tres dias que estoy en Madrid. Soy natural de Zamarramala, y uno de los primeros contribuyentes del pueblo en la provincia de Segovia. Mi familia, bastante numerosa, goza allí de todas las simpatías de la gente más elevada, y yo, aunque me esté mal el decirlo, soy de lo más ilustrado del pueblo.
—¿Cómo lo disimula el pícaro!
—He servido allí los cargos más principales: he sido fiel de fechos, sacristan, dentista y últimamente juez de paz y estanquero. Pero esto no hace al caso y... no quiero cansar.
(Aparte).—¡Asesino!
—Hace, como he dicho á Vd., tres dias que estoy en Madrid...
—Sí, en efecto, esta es la segunda ó tercera vez que me lo dice Vd., Sr. Fernandez y Rodriguez.
—Pues bien, caballero, en los tres dias que llevo corriendo por Madrid, héme dicho á mí mismo: «Juan, tú debes vivir en Madrid, disfrutar de los placeres que ofrece Madrid, frecuentar las reuniones de Madrid, obtener una posicion que te distinga en Madrid, merecer la consideracion de la buena sociedad de Madrid, ofrecer tus servicios al gobierno de Madrid.....» ¿No es verdad, caballero, que este pensamiento es digno de ser realizado cuanto antes?...
—¡En Madrid! Pero Sr. D. Juan Fernandez y Rodriguez, ¿á mí qué me importa que Vd. viva en Madrid ó en el Cabo de Hornos?
—Tenga Vd. calma, que falta lo mejor.
—(Quisiera ser antropófago.)
—Pues bien, caballero, decidido á realizar este pensamiento, he dado hoy mismo aviso á la familia para

que inmediatamente proceda á la venta de los terrenos y edificios que en el pueblo me pertenecen, hallándome resuelto á comprar aquí algunas fincas... Y á propósito, ¿usted sabe qué valor tiene aquí la propiedad?

—Sr. Fernandez y Rodriguez, la propiedad y yo estamos de punta hace dias.

—(Poniéndose serio.) Voy á concluir. Si yo he llamado á la casa de Vd., es porque decidido, como he dicho, á establecerme en Madrid, necesito de... una ayuda, y vengo á que Vd. me coloque.

—¡Hombre! Siendo Vd. propietario.

—Para ayuda. Como yo leia todas las tardes en mi pueblo los periódicos, observé que el nombre de Vd. sonaba mucho en las columnas del *Porvenir de la Patria*, del que soy suscriptor.

—Por muchos años.

—Y no dudando de que por la mediacion de Vd. podria conseguir algo... he venido á visitar á Vd. y suplicarle que haga algo por mí en el sentido que le he indicado.

—No acabe Vd., señor Fernandez y Rodriguez. Ahora óigame bien. Mire Vd., Sr. Fernandez y Rodriguez, usted ha llamado á la puerta de mi casa á las nueve de la mañana, hora en que yo acostumbro á descansar y no recibir sino dinero ó cosa que lo valga. Usted se ha deleitado en contarme una historia que me importa un pito, señor Fernandez y Rodriguez, y ha concluido por pedirme un imposible. Pero voy á recomendarle á Vd. á un amigo, Sr. Fernandez y Rodriguez.

—¿De veras?

—Voy á dar á Vd. una carta para mi amigo Teófilo Machuca.... espere Vd. un momento. (Alfredo escribe.)

«Mi querido Teófilo:

Ahí te envío al Sr. Fernandez y Rodriguez, un salvaje. Despedázale y manda á tu afectísimo

ALFREDO BERLANGA.»

Ya está, Sr. Fernandez y Rodriguez.

—La entregaré lo mismo que Hurías. Gracias por su bondad, y si en algo puedo complacer á Vd., etc. etc. etc.

—Vaya Vd. con la Virgen, Sr. Fernandez y Rodriguez.

ESCENA IV.

Alfredo.—Despues Antonio.

Alfredo.—¡Gracias á Dios, ya estoy solo, ya soy dichoso! (Llamando.) ¡Antonio, Antonioooo!

Antonio (apareciendo).—Aquí estoy.

—Escucha y tiembla. Cuando llame otra vez algun desconocido, le preguntas si ha pasado por Zamarramala, si ha sido sacristan, fiel de fechos, juez de paz ó estanquero, y si te contesta afirmativamente, entras en mi alcoba, abres la mesa de noche, coges el *revolver*, y sin más aviso descerrajas los seis tiros de un solo golpe sobre el que tal diga.

—¡Enterado!

—Ahora cierra los balcones y déjame dormir.

TABLEAU.

Eduardo Saco.

LOS VALIENTES.

I.

—Vamos, ¿cuenta Vd. algo. D. Juan!
—Sí, sí, D. Juan, cuente Vd. algo..... así se hace más corta la velada....
—Ea, D. Juan, no se haga Vd. rogar, ¡caramba!
—Pero señores, qué demonios he de contar, sino es algun episodio de mis campañas en....
—¡Eso, eso! Todos sabemos que ha sido Vd. un héroe.
—Hombre, aunque me esté mal el decirlo, no me he portado peor que otro hombre nunca; y ahora recuerdo un caso que me ocurrió el año de siete....
—¿A ver, á ver?
—Era yo entonces jefe de unos veinte hombres, ¡pero qué hombres aquellos! ya no los hay ahora. Pues, señor, íbamos persiguiendo á unos franchutes condenados que nos tenian fastidiados sin dejarnos dormir ni comer. Yo estaba ya harto de tanto día sin tiros, y dije: ¡eal! ¡hoy es cuando no queda aquí quien lo cuente!
Señores, parece que estoy todavía en el lance aquel. Cuando menos lo pensábamos.... ¡paf! caemos en una emboscada. Nos vimos rodeados en un santiamén por unos sesenta franchutes. Ya he dicho que nosotros éramos veinte hombres, de manera que nos tocaban á tres

por barba. Pues, señor, empieza el jaleito, ¡pin! ¡pan! ¡pin! ¡pan! tirito por aquí, trabucazo por allá, y me quedo con tres hombres y sin municiones.

—¿Y qué hizo Vd., D. Juan?

—¿Qué hice? Coger un fusil al revés, es decir, por el extremo del cañon, y blandiéndolo á dos manos como si hubiera sido un palo de escoba, principio á palos á un lado y á otro, y en ménos que se reza una parte del rosario escabeché diez y siete, y logré que los demás apretaran el paso de tal modo, que creo que alguno de ellos corre todavía.

—¡Bravo, D. Juan!

—¡Bravísimo!

—¡Ha sido Vd. un héroe!

Mientras la reunion aplaude á D. Juan, se oye un tiro en la calle.

—¿Qué es eso? dice uno.

—¡Un tiro! grita otro.

—¿Qué será.

—¡Alguna riña!

—¡Algun robo!

—Don Juan, ¿qué opina Vd. de eso?.... ¡Pero calle!

¿Dónde está D. Juan?

—¡Es verdad! ¿Y D. Juan?

—Estará en el balcon....

—En el otro gabinete....

Un criado.—El Sr. D. Juan se marchó corriendo cuando se oyó el tiro, diciendo que no le gustaban los barullos.

Los concurrentes sonrien. Un francés suelta el trapo.

II.

—¡Hola, Leon, cómo estás?

—Cargado, hombre; he tenido una cuestion ahí, con el mozo del café, que me ha servido un chocolate que parecia engrudo.... Le he pegado de bofetadas, y le he puesto la cara como una sandia.

—¿A dónde vas?

—Aquí, al teatro de los Bufos; ¿vienes?

—Vamos.

Los dos amigos entran en el teatro. Leon encuentra su butaca ocupada por un caballero de aspecto inofensivo.

—Oiga Vd., quítese Vd. de ahí, que esta butaca es mia.

—Caballero, repórtese Vd.; acaso padece Vd. una equivocacion.

—¿Qué equivocacion ni que cuerno, hombre! ¿No vé usted? Fila segunda, núm. 2; esta es mi butaca.

—Pues bien, aunque lo sea, yo he podido equivocarme, pero Vd. no tiene derecho para hablarme en términos tan groseros.

—¡Hombre, si no estuviéramos aquí le rompía á Vd. la cabeza!

—En acabando el acto veremos si me la rompe Vd.

—Sí señor que lo veremos; ¡vaya con el señor este, que sin duda no ha encontrado quien le de dos palos para que aprenda á no llamar grosero á nadie!

—¡Chist! Luego nos veremos.

—¡Bueno! ¡No crea Vd. que á mí me acobardan las amenazas!

Los espectadores gritan: ¡callarse! ¡fuera! ¡silencio! Y la representacion continúa.

Acabado el acto primero, el espectador de aspecto inofensivo va diciendo por los pasillos con aire amenazador.

—¿Han visto Vds. por aquí á uno que estaba en la butaca núm. 2 de la segunda fila?

Pero nadie da razon del contratista de las bofetadas. Durante el resto de la noche, el sitio de Leon está vacío.

III.

—¡Compare, el quinto mandamiento es no estorbar!

—¿Por qué lo icia usted?

—Porque ar lao de esa mujé no se pué poner naide más que este cuerpo garboso.

—¿Pero eso..... es de verdad?

—De verdá. Y si Vd. no sa enterao, tengo yo aquí un arfiler que pinta una historia de España en la cara más limpia.

—Es decir.....

—¡Es decir, que á mí no me estorba ningun nacio, eal! Acabadas de decir estas palabras, suena una bofetada que se oye en las cinco parte del mundo.

—¿Quién es la víctima? preguntarán Vds.

—¿Quién ha de ser sino el que prometia pegar á cualquier nacido?

IV.

Regla general.—El hombre que amenaza; no pega. El valor no tiene prospectos ni se anuncia á gritos.

Posdata.

Conozco un hombre que jamás habla de sus campañas, y sin embargo, ha matado más gente que pelos tiene en la cabeza. Cuenta por millares sus víctimas.

—¿Quién es el héroe? Dirá el lector curioso ahora.

—Es un médico, pariente mio.

Eusebio Blasco.



ECONOMÍA DOMÉSTICA.

—Antes de ayer te dí una onza y dices que ya no tienes un real. ¿Se puede saber en qué la has gastado?
—En la casa. Todo está muy caro. ¡Figúrate que se ha subido un cuarto el pan!.....

EL MUNDO DE MIS RECUERDOS!!

I.

¡Como eran tantos me decidí á guardarlos!
Y no encontré sitio mejor que un viejo mundo que en la alcoba de mi cuarto yacía arrinconado.
Estoy hablando de un baul, de esos baules monumentales que por lo grandes y profundos son el encanto de las mujeres y el susto de los mozos de carga.

II.

Voy á contarte lo que en él conservo.
Después procuraré relatarte la historia de cada recuerdo, menos de aquellos que no la tienen.
Gozaré en ello y gozarás también, porque leerás cosas muy buenas.
Perdona mi inmodestia, y ¡ábrase el mundo á tus miradas!

III.

Papeles son papeles,
cartas son cartas,
palabras de mujeres
todas son falsas.

¡Cinco paquetes de cartas!
Si tuviéramos tiempo de sobra, habíamos de ir leyendo, una por una, todas las que cada paquete encierra.
Y reuniendo cada cual con su objeto respectivo, ¡qué mundo de recuerdos te inspirarían los recuerdos de mi mundo!
Pero ya que esto no es posible, examinemos al menos, con la precipitación precisa, el principio de alguna, el fin de otra y algo sacaremos en limpio.
—«Caballero: El deseo de Vd., aunque muy natural, no puede ser satisfecho. Ni sé quién es Vd. ni los límites de aquel. B. S. M.—*Angela.*»
Recorramos el paquete del que es portada esta esquila y busquemos la última, que dice;
—«Fulano: Debiera constarme por tu conducta que todo ha concluido entre nosotros, pero quiero convenirme plenamente y apelo á tu generosidad, suplicándote me lo manifiestes resueltamente.—*Angela.*»
¡Necesitaré explicarte la historia que encierra el tiempo transcurrido de una á otra carta?

Paseos por la calle, citas de idem, á balcon, á media noche, tres gemelos de teatro descompuestos, cuatro cuentas del zapatero sin abonar y dos idem á la botica por las medicinas para curar una pulmonia y tres resfriados.

IV.

—«Fulano: Lo que Vd. me propone es una villanía. Soy mujer honrada y únicamente el desprecio más profundo puede inspirarme la resolución que Vd. en su carta manifiesta.»—(*Anónima.*)
(*Décima-tercia carta del paquete respectivo.*)—«¿Que si te adoro? ¿Puedes dudar? ¿Acaso las grandes pruebas que te he dado no han podido convencerte de la verdad de mi cariño? etc., etc.»—(*Sigue el misterio en la firma.*)
Carta final.—Mónstruo: Ni mi desprecio mereces. Te aborrezco con todo mi corazón.—(*Continúa sin darse á conocer.*)
Consecuencias.—Un marido burlado y una escursión á Panticosa.

V.

—«Sr. D. Fulano, etc.—Aunque he leído muchas veces la de Vd. por mí no me hubiera atrevido á contestar, si una compañera de colegio no me hubiera dicho que debía hacerlo, porque ella, en un caso semejante, obró del mismo modo. Veremos como se porta Vd., etc.—*Pura.*»
Y la última carta dice:
«Fulano: Esta tarde está mamá de buen humor. Comuníqueme nuestros proyectos para el porvenir, y pídele su consentimiento. Tuya.—*Purita.*»
¡Este si que es paquete!
No puedo decirte los resultados porque hice un viaje al extranjero y no he vuelto á saber de la chica. Solo conservo de ella, además de las cartas, una sortija de *doublé* que me dió inocentemente delante de su mamá.
¡Una sortija con muy buena sombra, aunque á mí me la estuvo haciendo mala desde que me la entregó hasta que dejé de verla!

VI.

¡Cuatro cartas mugrientas encierra el penúltimo paquete! ¡Entre ellas, un pensamiento marchito!
¡Pobre Julia!
Si no te fastidiaras te contaría una historia que empezó en un baile y concluyó en el cementerio.

La de Julia.
Pero hoy no gustarás de ella y la omito.
Solamente te suplico que si sabes que he llorado alguna vez, no me preguntes por quién.

VII.

No te rías al examinar conmigo las del paquete que nos resta.
La mala letra y peor ortografía de cada una de ellas, conozco serán un objeto de burla para cualquiera, pero no está lo mejor en esto. Vamos á ver una y verás en ella el sainete, si antes has podido ver la tragedia, el drama y la comedia.
—«Querido Fulano: Ayer estuve con mi tía en la dehesa; toda la tarde me estuve acordando de ti.
La recorrimos cuatro ó cinco veces paseándola y por fin nos sentamos bajo unos alcornoques. ¡Allí si que me acordé de ti!
Después entramos á refrescar y tomé un sorbete acordándome de nuestro amor.
Cuando ya cerró completamente la noche, determinamos marchar, engancharon á la berlina el caballo (yo siempre acordándome de ti), y llegamos á la ciudad, feliz y dichosa porque iba al fin á verte. Te llevo mucha yerba de olor para que perfumes con ella tu habitación. Adios, hasta que nos veamos.—*Nicasia.*»
P. D. Mañana recibirás la yerba.
¿Por qué gritas tan desaforadamente? ¡Basta!...
¿Acaso el nombre con que firma la carta te ha completado la idea de la mujer que la escribió?
Pues sabe que hoy es la honrada esposa de un tendero de ultramarinos que está en la calle del Desengaño.

VIII.

¿Conque desearas que habiéndose concluido las cartas, te enseña los varios objetos que en el mismo sepulcro se encierran?
Voy á complacerte, y te iré contando aunque á grandes rasgos la historia de cada uno.

IX.

Mira, un retrato con marco de ébano.
¿Te gusta? Es una hermosa mujer.
¿No encuentras algo de sobrenatural, algo de imponente en esa altiva mirada?
¿Dices que te gusta mucho? ¿Que adivinas grandes co-

sas bajo ese exterior sencillo, pero agradable? ¿No sabes quién es?

Se llama Magdalena.

Un amigo suyo y mío, trajo una mañana á mi casa la comision de que le hiciera algunos versos en su album. Le dije indiferentemente que sí, y al cabo de dos dias tuve el gusto de presentarlo á la propietaria con una redondilla que no me pareció del todo mala, pero que la hice sin saber por qué.

Así hacemos muchas cosas.

Una noche fuimos á un palco, ella, su madre y yo. Mientras su madre, viuda joven, coqueteaba con un capitán de Ingenieros, Magdalena y yo sosteniamos el diálogo siguiente en el fondo del palco.

—¿Qué concurrencia tan escogida!

—¿Goza Vd. esta noche?

—¡... Estando al lado de Vd!...

—¡Es Vd. muy amable!

—¡Y Vd muy hermosa!

—No le creía á Vd. lisonjero.

—Y creía Vd. muy bien.—¿Lo soy, por ventura?

—¡Dice Vd. unas cosas!...

Cuatro dias despues recibia de sus manos el retrato que has visto y casi me consideré feliz.

Pasó algun tiempo, y cinco amigos míos me enseñaron otras tantas copias del retrato que poseo.

No pude ménos de admirarme, porque aquella mujer no era célebre, ni siquiera prima-donna de alguna mala compañía de zarzuela, para que sus retratos corriesen tantas manos.

Pregunté á mis amigos qué significaba aquello, y me contaron poco más ó ménos la misma historia que medio te he contado.

Aquella mujer era, pues, la verdadera mujer de nuestros dias.

X.

¿Te ries porque ves un abanico entre mis amorosos recuerdos?

Pues el caso no es para ménos.

Examinalo bien. Vé que es un abanico muy cuco, muy pequenito..... pues escucha su historia.

Enriqueta era una jóven de veintidos años, segun ella decia, aunque si hemos de creer á lo que ella representaba, su nacimiento se remontaba á más larga fecha.

Yo la engañaba y ella procuraba engañarme.

Es decir, que yo solia exclamar cuando estaba á su lado:

—¡Te adoro con locura!

Y ella acostumbraba á contestarme:

—¿Y yo, cuándo podré olvidarte?

Una noche cambié de conversacion y dije:

—¡Jesus, que calor!

Era la primera vez que no mentia á su lado.

Me ofreció su abanico que yo admití, y me dijo en son de broma:

—Mañana voy á comprarte un abanico.

Y al siguiente dia, efectivamente, me regaló esta monada.

Quise corresponder á su obsequio y al cabo de cuatro noches le entregué un magnifico abanico de 300 rs.

Despues del regalo duraron las relaciones cinco dias.

Escuso decirte que no recibí ni aun las gracias, porque segun ella, me hubieran ofendido.

XI.

Como conozco que te vas cansando, concluiré de examinar el mundo, contándote el episodio á que dió margen este lazo de cinta azul que con tanta atencion examinabas.

Yo hacia el amor á Felisa y Felisa me lo hacia á mí.

Una noche bajamos al jardín de su casa y la vehemencia de nuestro mútuo amor se multiplicó con este sencillo diálogo:

—¡Qué hermosa está la noche!

—¡Todo convida á amar!

—¿Me aliviarás, Fulano?

—¡Nunca!... ¡Tú, acaso!...

—¡Tuya siempre..... ó la muerte!

Y me dió el lazo en prenda del juramento.

Catorce dias despues la olvidé.

Al décimo-quinto, los periódicos traian el siguiente suelto:

«La interesante y bella señorita tal, hija de los señores cuales, intentó suicidarse anoche con cuatro cajillas de fósforos, un vaso de agua y un azucarillo. Afortunadamente acudió la familia á tiempo, cuando habia tomado ya el azucarillo y el agua: ¡faltaban sólo los fósforos!»

Yo me estremecí al leer esto.

Luego supe se habia casado con un tio suyo de cincuenta años de edad, rechoncho y coloradote.

XII.

Voy á concluir.

Más historias te hubiera relatado, pero temo fastidiarte.

¿Te sorprende que haya engañado á tantas mujeres y que conserve de todas, más ó ménos, preciosos recuerdos, no es verdad?

Pues no las compadezcas; yo tambien he sido engañado por ellas, y presumo que no guardan de mí recuerdo alguno.

Gerardo Blanco.

ECOS DE MADRID.

Hay cosas verdaderamente inexplicables.

Desde hace cuatro ó cinco meses, es voz general que en Madrid hay poco dinero.

Y sin embargo, hé aquí unas cuantas noticias edificantes. Anteayer habia en el paseo de Atocha mil y pico de carruajes particulares, ocupados por gentes vestidas de veinticinco alfileres.

Los teatros céntricos de Madrid están llenos todas las noches de personas que compran localidades á los revendedores, es decir, á doble precio.

El teatro Real tiene ciento diez mil duros de abono.

El número de los mendigos callejeros aumenta; prueba de que hay mucha gente que da limosna.

En Madrid se consumen al dia millon y medio de tazas de café.

Y *El Reino* se publica entero.

Como se anuncia que pronto se verificará la exposicion de pinturas, varias señoras de esta corte han hecho grande provision de polvos de arroz y carmin del más fino, con el objeto de irse preparando para asistir á la inauguracion del acto.

Nadie ignora que ciertas mujeres son una exposicion permanente.

Comienza la animacion y el bullicio precursores del invierno. Dentro de poco habrá seis teatros abiertos y una sola empresa verdadera.

Un ilustrado redactor de *La Reforma*, el Sr. Perez Rioja, ha publicado un libro que se titula *Romancero de Numancia*. Es bueno, bonito y barato. Yo me alegraré mucho de que el público lo lea y sea de mi opinion. Tiene el libro páginas muy bellas.

Dícese que Zorrilla viene con la intencion de leer en el escenario de un teatro, ante el respetable público, composiciones suyas.

Me alegraré que estén basadas en aquellos versos de Camprodon el magnifico:

¡Bello país debe ser
el de América, papá!

Los periódicos son los órganos de la publicidad.

¿Es cierto ó no es cierto?

Por si acaso lo es, voy á publicar una carta que he tenido la desgracia de encontrarme en medio del arroyo.

Dice de esta manera:

«Guan: Eles un ingarto que no me quieles nimás güero nunca. Mi mamá está tomando la leche de bura y sabes que por eso no puedo salir pol de noche. Bien podias venir á vernoss. Ayer estuvo á vernos el guñado de la Gillerma Garsia y nos dijo que te habia Visto en el teato del precipe la Otra noche con unas senoras dime quien eran aqueyas senoras pol Dios. Yo pense que teto marias mas interé pol mi y que no habia de Pasar tres dias sin velme á mi perro me he gonvensio de que no eres lo que eras el año pasado para mi y que te has olvidao de tío. Adios y que seas felis y no me des este Tolmento que me tiene deligada mamá está mejol y á papa le han degao sesante. Estamos muy disgurtaas por eso ya lo sabes, adios y no puede sel mas larga tu

PEPA.

Respondemes con er sobre Al portero que esta prebenio pa recibirla. Adios, te güiero.»

Las ferias han estado tan animadas como otros años.

Se puede ir allí por observar el fenómeno de un pueblo que acude en masa á un sitio donde no hay nada de particular.

Parece mentira que unos cuantos cestos de avellanas, unos cuantos melones colocados en batalla y algunos cajones de libros viejos merezcan los honores de ser visitados por todos los madrileños y aun por gentes que vienen exprofeso á contemplar esas maravillas.

Lo único que distrae un poco es la vivacidad del diálogo.

Por ejemplo:

Una polla.—Mamá, vamos por este lado.

La mamá.—Hay mucha confusion y la pisan á una.

Un señorito (aparte á la polla).—Ven por acá, y podré hablarte sin que mamá nos vea. ¡Te amo!

Un avellanero.—¡A cuatro el cuártero!!

Un niño.—Papá, yo quiero uno perrito.

El papá.—Hijo de mi alma, no pidas perritos, porque piden mucho dinero, y además están pintados de verde, y es veneno.

Un vendedor de juguetes de barro.—¿Qué ha de ser veneno, caballero! ¡Si ayer se tragó un niño un perrito de estos y se le curaron las calenturas!

El niño.—¡Yo quiero uno! ¡Jí, jí, jí!

El padre.—¡Por vida de los chiquillos! ¡A ver si se calla usted, so bribon, ó se va usted con mamá! Cuando se está con papá no se llora.

Un valenciano.—¡Horchata y limon!

Una moza.—¡Jesus y qué sofocaa estóy!

Un individuo.—¡Echele usted á esta niña toa la horchata que pida hasta seis cuartos!

—¡Agua!

—¡A cuatro el cuártero!

—¡Caféeee!

—¡De Aragon, gordos y buenos!

Madrid es siempre el mismo. Curioso, frívolo y abundante en tipos *notables* por más de un concepto.

A propósito de tipos: vayan ustedes á ver *La casa de campo*, hecha por la señorita Boldun, y verán una actriz cómica de talento, de gracia y de porvenir brillantísimo.

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

El nombre de Garibaldi da mucho que decir á los periódicos.

Se me figura que esto es *canguelo*.

La emperatriz Carlota, que en la actualidad se encuentra en Roma, se halla enferma con síntomas de enajenacion mental.

—¡Ya no te quiero, Concha!

—¿Por qué, Mariano?

—Porque llevas añadido el pelo y me has hecho besar cabello que no es tuyo.

—¡Bah, tonto! Cuando me das dinero, ¿miro yo nunca si es tuyo ó de otro?

El célebre trágico Sr. Rossi, va á estrenar en Barcelona el drama *Fausto*, haciendo el papel de diablo, para lo cual ha mandado hacer un traje nuevo.

De este modo tendrán los catalanes el gusto de ver al diablo en traje de dia de fiesta.

El astrólogo zaragozano pronostica que dentro de poco habrá lluvias.

Vaya una gracia.

Eso tambien lo pronostico yo.

Ha ido á Bilbao el Sr. Alonso Martínez para asistir á la junta de acreedores del ferro-carril.

¡Siempre lo mismo!

Un jóven militar ha escrito para el teatro de Granada un drama titulado: *El luto en el corazon*.

Más sencillo hubiera sido titularle: *Un corazon negro*,

Un aleman ha venido á España con objeto de recoger cráneos para sus observaciones científicas.

Me parece que llega á buen tiempo, aunque en su tierra debe tenerlos de sobra.

Nuestro apreciable colega *El Museo Universal* publicó en el número último, correspondiente al 7 de octubre, un dibujo sobre la exposicion del Pacífico que tuvo lugar en el mes de mayo.

Elogiamos la oportunidad de este trabajo.

PLAZA DE TOROS.

En la tarde del jueves 11 tendrá lugar una corrida de becerros, lidiándose cuatro pertenecientes á una acreditada ganadería; el ganado ha sido escogido por aficionados inteligentes, y la cuadrilla lucirá vistosos trajes.

Las acciones se espendeden en los cafés de la Puerta del Sol.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABA, 27.